

El espejo

Sabía que esto sucedería, era irremediable; finalmente se lo tenía merecido, lo había anhelado. Tanto mirarse al espejo.

Todo -o parte, no sabría decir- sucedió una mañana cansina. Estiró su mano, rozó las agujas del reloj, tanteó el bastón y no sin esmero se incorporó de la cama. Un viejo pijama cubría su avejentado cuerpo. Levantó la persiana pero la luz matinal no encandiló sus ojos. Fue el baño y se afeitó inútilmente. Trató de mirarse al espejo pero no vio nada.

Al llegar a la cocina advirtió que estaba sólo, que ella se había ido. No festejó porque no tenía fuerzas, pero se sintió aliviado por la ausencia. “Seguramente vuelva al mediodía”, pensó mientras agarraba la bolsa con el pan de ayer. Ella había tenido la gentileza de mojarlo antes de irse.

Al llegar al patio se percató que los adoquines, que otrora le daban un aire señorial al patio, ahora eran un peligro para su errante andar. Su bastón se detuvo entre dos adoquines. Levantó la cabeza en busca de ayuda, entornó los labios para decir “María...” pero en seguida recordó la soledad. Con astucia -no con fuerza porque nunca la había tenido, menos un día como hoy- pudo liberar al bastón y seguir adelante, llegar hasta el resguardo del banco. Al sentarse sintió a su lado -en el espacio vacío, donde no había nadie- una presencia extraña. “Debe ser la senilidad, viejo tonto”, reflexionó para sí. De inmediato empezó a tirar el pan viejo y mojado sobre el césped. Los lamentos y cantares de un gorrión lo percataron de la inútil lucha de éste contra una paloma por las migajas que él arrojaba. Utilizó su bastón para ahuyentar a ésta última y se sintió Dios por incidir en los avatares de la vida. Luego de unos minutos la brisa templada del verano lo durmió (eternamente). En sus sueños -en sus pesadillas- vio a Recabarren tirado en el catre, mantuvo una discusión con Dahlmann acerca de la muerte soñada, y antes de perderse en los pasillos indefinidos de la Biblioteca tuvo la dicha de besa a Berenice por última vez. Al despertar, descifró que la presencia extraña era ideal, y recordó que a veces lo ideal es más real que lo real.

- ¿Quién sos? -preguntó el viejo no sin estupor.

- Soy Borges -escuchó como última respuesta y final.

Buenos Aires, noviembre de 2007.